

## RECORRER ESPAÑA EN EL XVIII. EL VIAJE COMO PRETEXTO Y NECESIDAD

por EMILIO SOLER PASCUAL  
(Universidad de Alicante)

Una noche del mes de octubre de 1903, Otto Weininger, joven judío vienés, emprendía el que sería su último viaje. Acababa de dispararse un tiro en el corazón en una modesta habitación del centro de la capital austriaca, precisamente la misma que había utilizado años atrás el músico Beethoven. Weininger tenía poco más de 23 años. Al entierro en su ciudad natal, cuentan las crónicas que asistieron muchos conocidos, como Stefan Zweig, y otros que, simplemente, se habían entusiasmado con la tesis doctoral de Weininger, *Sexo y carácter*<sup>1</sup>, como fue el caso de otro joven, éste de catorce años, que andando el tiempo se convertiría en uno de los más afamados filósofos de ese siglo XX, Ludwig Wittgenstein.

Claudio Magris<sup>2</sup> señala que pocas fechas antes de su suicidio, que, por cierto, desencadenaría una ola extraordinaria de imitaciones en toda Austria, Weininger, paradigma del genio trágico, había señalado la sensación de extravío que se siente cuando, andando el camino, volvemos la vista atrás y, observando el trecho recorrido, no nos queda más que la nada. Una nada ajena.

Traigo a colación a Weininger, autor de una tesis que se convirtió en un rápido best-seller, porque nos dejó, entre otras muchas cosas, una interesante descripción del viaje y el viajero: quien viaja es simplemente espectador, no está implicado a fondo en la realidad que atraviesa, no es culpable de las fealdades, las infamias y las tragedias del país en que se adentra. El viajero o transeúnte por tierras extrañas no ha hecho las leyes indignas que critica con saña y, por lo tanto, no debe reprocharse no haberlas combatido durante su fugaz, o no, estancia en ese país. Si una noche oscura de terrible tempestad se desploma el techo que cubre la infecta posada en la que pernocta, y no tiene la desgracia de quedar sepultado bajo los escombros, no debe desanimarse ni dar el viaje por concluido sino que está obligado a coger su maleta y continuar camino. Recorrer el mundo, asegura el sabio vienés, también significa descansar de la intensidad doméstica y abandonarse inmoralmente, es un decir, al fluir de las cosas sin cerrarse ante la diversidad del lugar en que se mueve.

Ya tenemos, pues, un avance siquiera teórico, sobre los objetivos que algunos viajeros del XVIII se plantearon al aventurarse por España, un país en el que las carreteras brillaban por su ausencia y todavía se mantenían bien rectas y acon-

---

<sup>1</sup> WEININGER, Otto, *Sexo y carácter*. Losada, Madrid, 2004.

<sup>2</sup> MAGRIS, Claudio, *El infinito viajar*. Barcelona, 2008.

dicionadas aquellas calzadas que los invasores romanos habían construido dos mil años atrás. Una nación donde el absolutismo y sus secuelas todavía sorprendían a multitud de viajeros que, en cuanto a sus libertades, no las tenían todas consigo. Un pueblo ignorante y atrasado que bien poco tenía que ver con aquellos conquistadores de un imperio, allá en el siglo XVI. Un lugar, en fin, donde los temores de una Inquisición venida a menos pero que todavía daba sus últimos coletazos en épocas concretas, atemorizaba a unos viajeros protestantes o católicos que llevaban mucho cuidado en expresar sus opiniones religiosas y que, más de una vez, se atemorizaban al contemplar algún que otro Auto de Fe, tan sangriento como las incomprensibles corridas de toros que tanto entusiasmaron a los hispanos.

### **Curiosos, impertinentes y británicos**

Si en la centuria dieciochesca, el siglo del apogeo del viaje educativo y de aprendizaje, son numerosos los europeos que se atreven a viajar por España, no lo es menos la importancia que tienen los escritos que dejan de su paso por los caminos patrios los ilustrados españoles. El Grand Tour<sup>3</sup>, experimento educativo británico donde los jóvenes británicos de buena familia que habían acabado sus estudios o estaban en ello, por lo que ninguno venía a estudiar a España debido a la larga decadencia de sus universidades, dedicaban un largo periodo de unos dos años a su formación fuera de sus fronteras. Se iniciaba en el trayecto de Londres al continente. El desembarco en Calais y un rápido viaje hacia la Côte d'Azur, significaba para los muchos privilegiados que lo emprendían comenzar a conocer tanto la musicalidad de un nuevo idioma como familiarizarse con un sol al que apenas habían conocido en Gran Bretaña. Llegados a la frontera de lo que luego sería Italia, Pisa, Florencia, Roma y Nápoles cubrirían, con creces, sus ansias de arte, cultura y gastronomía. Muchas veces, cruzaban la punta de la bota y se paseaban por una Sicilia que había contemplado el paso de muchos invasores que habían ido dejando sus costumbres y, a veces, pocas, su cultura, especialmente los griegos. El retorno por el litoral oriental les llevaría hasta Venecia y Milán. Suiza, algo de Alemania y, desde luego, París, colmarían, de largo, sus deseos de formación para una generación que estaba llamada a conquistar el mundo. Desde algún importante puerto de los Países Bajos, regresarían a Inglaterra tras haber cubierto un ciclo vital en su existencia.

Rousseau<sup>4</sup>, que había hecho viajar a Emilio para fomentar su educación, aplaudía esa iniciativa didáctica para los jóvenes británicos de buena familia. Según la profesora Freixas<sup>5</sup>, en París permanecían los elegantes y los amantes del refinamiento en la cultura moderna, o en Roma los eruditos clásicos y los

---

<sup>3</sup> LAMBERT, R. S. (ed.), *The Grand Tour: A journey in the traces of the age of aristocracy*. New York, 1937.

<sup>4</sup> ROUSSEAU, Jean-Jacques, *Emilio o de la Educación*. Fontanella, Barcelona, 1973.

<sup>5</sup> FREIXAS, Consol, *Los ingleses y el arte de viajar*. Ediciones del Serbal, Barcelona, 1993.

aficionados al arte. El escritor británico Addison<sup>6</sup> dejaba meridianamente claro el deseo de aprender cosas nuevas en lugares diferentes: “Una insaciable sed de conocimientos me llevó por todos los países de Europa en los que hubiera algo nuevo o extraño que ver...”

Pero, como hemos visto, estos viajeros plenos de ganas de ampliar sus conocimientos no pasaban por España. Su rechazo no debe sorprendernos demasiado ya que la historia y cultura de este antiguo y rancio país no eran fácilmente asimilables a los criterios fundamentales de una razón ilustrada que la ignoraba descaradamente. España representaba en el XVIII una nación alejada de la modernidad, un país que había sido el amo del mundo pero al que la decadencia política, económica y social había puesto en el furgón de cola del mundo ilustrado, a pesar de que todavía mantenía uno de los imperios más extensos del orbe. Repetida hasta la saciedad ha sido la frase de Voltaire a su amigo Sherlock y que en castellano conocemos por la edición de la profesora Guerrero<sup>7</sup>: “España es un país del que sabemos tan poco como de las regiones más salvajes de África. Pero no vale la pena conocerlo”. Enlazaba la opinión de Voltaire con la de Nicolás Masson de Morvilliers cuando se preguntaba en la *Encyclopédie Méthodique*, “¿Qué debemos a España? ¿Qué ha hecho por Europa en los dos últimos siglos, o en los cuatro o diez últimos siglos?” Un Masson de Morvilliers que, con toda seguridad y sin afán de molestar a España, cosa que sí consiguió, no hacía sino recoger los prejuicios que la Europa culta y desarrollada sentía hacia una nación que había vuelto la espalda a tantas cosas y se había refugiado en el oscurantismo. Para los intelectuales europeos, España era sinónimo de país atrasado, inculto y destruido por el mal gobierno, el fanatismo y la pereza.

Como ya se había manifestado en múltiples ocasiones, el viaje por España era difícil y agotador, la comida poco apetecible, especialmente por el aceite que la inundaba y el fuerte sabor a ajo, los caminos resultaban impracticables, los carruajes eran incómodos y las posadas resultaban escasas y en un deplorable estado. Como señala Consol Freixas, el país no sólo permanecía al margen del Grand Tour sino que su marginación había cristalizado en Europa su imagen de país pobre, decadente y falto de interés.

El viajero alemán Christian August Fischer, buen conocedor de las cosas de España como demuestran sus traducciones al alemán del *Buscón* quevediano y del *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán, de Cavanilles o del *Tableau de l'Espagne moderne*, de Jean-François Bourgoing, entre otros, señala en su obra<sup>8</sup> a la Iglesia como la gran culpable del atraso español y señala textualmente en 1799: “Mientras que Suiza e Italia, Francia, Inglaterra y Holanda se suelen visi-

---

<sup>6</sup> ADDISON, *Remarks on several parts of Italy in the years 1701, 1702 and 1703*. London, 1710.

<sup>7</sup> GUERRERO, Ana Clara, *Viajeros británicos en la España del siglo XVIII*. Aguilar, Madrid, 1990.

<sup>8</sup> FISCHER, Christian August, *Viaje de Amsterdam a Génova pasando por Madrid y Cádiz*. Ed. de Hiltrud Friedrich-Stegmann. Prólogo de Carlos Martínez Shaw. Universidad de Alicante, Valencia, 2007.

tar a menudo desde hace ya un siglo, un viaje a España, hace tan sólo treinta años, se consideraba como un viaje al fin del mundo...”

Y hablando del francés Bourgoing<sup>9</sup>, sus estancias españolas, varias veces reimpresas y ampliadas así como traducidas a múltiples idiomas europeos, representan una relación pluscuamperfecta del estado actual de la monarquía española durante los muchos años, diecisiete, que pasó como diplomático en la embajada francesa en Madrid y a la que cualquier interesado en analizar los años que transcurrieron entre los reinados de Carlos III y la Guerra de Independencia debería manejar, a pesar de la manipulada por censurada única traducción al español que puede encontrarse en las librerías españolas<sup>10</sup>.

Fuera de un Grand-Tour que por España nunca existió, casi un centenar de viajeros ingleses del siglo XVIII dejaron constancia escrita de sus paseos por una España de la que apenas conocían nada, muchas veces ni su idioma. Algunos poseían formación científica, clásica o eran profesionales de la literatura de viajes pero bastantes de ellos formaban en los cuerpos de oficiales británicos destacados en Gibraltar, colonia de la Unión Jack desde el Tratado de Utrecht que puso fin a la guerra de Sucesión en 1714. Muchos de esos oficiales coloniales deseaban salir del ambiente opresor de la Roca y se buscaban un permiso militar al mismo tiempo que se aseguraban la publicación de su pintoresco trayecto por aquella España, y Andalucía, que solían pintar con gruesos trazos. Innumerables descripciones de ese tipo de viajes constan en los libros de la ya citada Ana Clara Guerrero o de Ian Robertson<sup>11</sup>.

Pero si la mayoría de esos viajes efectuados por ávidos viajeros británicos, deseosos de encontrarse con temibles bandoleros para poder contárselo a sus lectores o de entablar relaciones amorosas con una bella gitana de ojos oscuros y navaja en la liga, no aportan nada nuevo, sino todo lo contrario, a lo que sabíamos de la España de aquella época que en Europa era ilustrada y por aquí no, siempre existían honrosas excepciones. Era el caso de algunos ingleses que, sin ser escritores excepcionales en su país, ninguno lo fue de los que vinieron y los que lo fueron, caso de Daniel Defoe<sup>12</sup>, nunca pisaron la península aunque escribieran sobre ella.

Si citamos algunos viajeros británicos por la España dieciochesca, no es tanto por la importancia de sus anotaciones, sino porque ampliaron la nómina de extranjeros que se atrevieron a visitarnos, especialmente los viajeros galos de la primera mitad del siglo, cuando la dinastía borbónica se había instalado

---

<sup>9</sup> BOURGOING, Jean-François, *Nouveau voyage d'Espagne ou Tableau de l'état actuel de cette Monarchie*. Levrault, Paris, 1788.

<sup>10</sup> SOLER PASCUAL, Emilio, “Omisiones en una traducción de Bourgoing”, en: *Literatura de viajes y traducción*. LAFARGA, Francisco y otros (eds.). Comares, Granada, 2007.

<sup>11</sup> ROBERTSON, Ian, *Los curiosos impertinentes. Viajeros ingleses por España*. Ed. Serbal / CSIC, Barcelona, 1988.

<sup>12</sup> DEFOE, Daniel, *Memorias de guerra del capitán George Carleton: los españoles vistos por un oficial inglés durante la Guerra de Sucesión*. Edición de Virginia León Sanz. Universidad de Alicante, Alicante, 2003.

en España, y, sobre todo, a publicar sus aventuras y desventuras. Algunas, como las de Twiss<sup>13</sup>, Baretti<sup>14</sup>, Beckford<sup>15</sup>, Swinburne<sup>16</sup>, Talbot Dillon<sup>17</sup>, Clark<sup>18</sup>, Clarke<sup>19</sup>, Vaughan<sup>20</sup>, Dalrymple<sup>21</sup>, Carter<sup>22</sup> o Southey<sup>23</sup>. Ninguno de estos viajeros, probablemente, tenía en mente lo que doscientos años más tarde reflexionaría Weininger sobre la misión de un viajero en su trayecto por países foráneos e hicieron caso omiso de sus reflexiones a la hora de juzgarnos<sup>24</sup>.

Sí lo hicieron, o al menos eso creo, tres viajeros británicos que se esforzaron por entendernos, aunque uno de ellos permaneciera entre nosotros tal sólo un breve periodo de tiempo y en una región concreta. Este es el caso de Arthur Young<sup>25</sup>, que nos dejaba un interesante panorama económico sobre la Cataluña que recorriera en 1787. Siguiendo los pasos de su maestro Adam Smith<sup>26</sup>, Young, especializado en temas agrarios, cuando Inglaterra pasó de las formas agrícolas medievales a las modernas, cuando la revolución agrícola emprendida en el XVIII fue la pionera en Europa en cuanto a las profundas transformaciones que se produjeron en cuanto a las técnicas de cultivo y productividad en la agricultura. Un Young que ya poseía experiencia como escritor de viajes tras sus recorridos por toda Inglaterra, el País de Gales, Irlanda y nada menos que tres a Francia, y en el que encontramos durante su corta estancia catalana que su narración está plena de observaciones agudas sobre la agricultura y la ganadería, de las técnicas de producción y el nivel de vida del campesinado catalán de la época en contraste con el de otras zonas del país, tal y como señalaría otro viajero por aquí, Philip Thickness<sup>27</sup>: “Cataluña es, sin duda, la zona más cultivada y rica, la más activa provincia o región española: la actitud indolente de los castellanos y de otros lugares no se ha entendido nunca demasiado bien en esta parte de España”. El viaje de Young tuvo su antecedente, de marcado

---

<sup>13</sup> TWISS, Richard, *Viaje por España en 1773*. Edición de Miguel Delgado. Cátedra, Madrid, 1999.

<sup>14</sup> BARETTI, Giuseppe Marco, *Viaje de Londres a Génova a través de Inglaterra, Portugal, España y Francia*. Edición de Soledad Martínez de Pinillos Ruiz. Edición Personal, Sevilla, 2003.

<sup>15</sup> BECKFORD, William, *Un inglés en la España de Godoy*. Taurus, Madrid, 1966.

<sup>16</sup> SWINBURNE, H., *Travels through Spain in the years 1775 and 1776*. London, 1776.

<sup>17</sup> TALBOT DILLON, J. T., *Travels through Spain with a view to illustrate the natural history and physical geography of that kingdom in a series of letters*. London, 1780.

<sup>18</sup> CLARK, William G., *Gazpacho o meses de verano en España*. Comares, Granada, 1996.

<sup>19</sup> CLARKE, E., *Letters concerning the Spanish nation*. London, 1763.

<sup>20</sup> VAUGHAN, Charles Richard, *Viaje por España*. Edición de Manuel Rodríguez Alonso. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 1987.

<sup>21</sup> DALRYMPLE, W., *Travels through Spain and Portugal en 1774*. London, 1775.

<sup>22</sup> CARTER, F., *A journey from Gibraltar to Málaga*. London, 1777.

<sup>23</sup> SOUTHEY, Robert, *Letters during a short residence in Spain and Portugal*. Bristol, 1797.

<sup>24</sup> GARCÍA MERCADAL, José (ed.), *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. 6 vols. Junta de Castilla y León, Salamanca, 1999.

<sup>25</sup> YOUNG, Arthur, *Viatge a Catalunya*. Prólogo de Ramón Boixareu. Garsineu Ed., Barcelona, 1993.

<sup>26</sup> SMITH, Adam, *Investigación sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones*. Edición de Edwin Cannan. México, 2004.

<sup>27</sup> THICKNESS, Philip, *A year's journey through France and part of Spain*. London, 1789.

carácter agrícola y visitando Cataluña, además de algunos parajes de la costa valenciana, en el libro de Marshall<sup>28</sup>, entusiasta viajero por Europa.

La segunda de las obras interesantes escritas por británicos en la España dieciochesca es la de Alexander Jardine<sup>29</sup>, diplomático y militar, por lo tanto espía, que llega a España en 1776 acuciado por sus superiores para tratar de “un asunto delicado y peligroso”, un autor que además viaja por Marruecos, Francia, Portugal y la isla de Jersey. El inglés, casado con una gibraltareña o española, Juana, durante su estancia española entre 1776 y 1779, analiza la realidad política española, sus costumbres, las peculiaridades regionales, de las que se muestra un acérrimo defensor, especialmente del régimen fiscal del País Vasco: “Su gobierno es de tipo mixto, como todos aquellos existentes en lugares en que queda algo de libertad y donde cada clase tiene alguna influencia”. Especialmente, recuerda las razones históricas de su triste presente dieciochesco, achacable según Jardine a la profunda dependencia política y militar de Francia, y el desolador panorama intelectual que aquejaba a los españoles en aquel siglo de la Ilustración.

El tercero de los viajeros ingleses por la España dieciochesca que debemos destacar, tal vez el más importante de todos los que publicaron sus anotaciones, fue el de Joseph Towsend<sup>30</sup>, un reverendo protestante, al igual que George Borrow<sup>31</sup>, viajero por España unas décadas más tarde, preocupado por dejar constancia durante los dos años que pasó por la piel de toro de sus instantáneas sobre aquel país, tan imprescindibles, en este libro sí, para entender la idiosincrasia de la España del último tercio dieciochesco y que, cincuenta años antes, se adelanta en parte a las agudas observaciones que nos dejara otro viajero británico que entendió bien las cosas de España, Richard Ford<sup>32</sup>.

Tras recorrer y describir lo que ha observado en Irlanda y Francia, Holanda y Flandes, decide, por causas desconocidas, visitar un país, España, en el que, como ya se sabe, no resultaba fácil viajar, al menos para los transeúntes foráneos. Así lo indicaba el mismo Towsend en el comienzo de su relato, cuando nos daba consejos para viajar por España: “Debe poseer una buena constitución física y llevar consigo dos buenos criados, cartas de crédito para las principales ciudades y una buena recomendación para las mejores familias, tanto de los nativos como de los forasteros residentes en el país”. Towsend, como señala Robertson en el prólogo, sabe distinguir perfectamente el grano de la paja y valora muy positivamente el esfuerzo desarrollado por los ministros reformistas de Carlos III por intentar rescatar al país del caos en el que se había sumido

---

<sup>28</sup> MARSHALL, Joseph, *Travels through France and Spain in the years 1770 and 1771*. London, 1776.

<sup>29</sup> JARDINE, Alexander, *Cartas de España*. Edición de José Francisco Berenguel. Universidad de Alicante, Alicante, 2001.

<sup>30</sup> TOWNSEND, Joseph, *Viaje por España en la época de Carlos III (1786–1787)*. Prólogo de Ian Robertson. Turner, Madrid, 1988.

<sup>31</sup> BORROW, George, *La Biblia en España*. Prólogo de Emilio Soler. Ediciones B., Barcelona, 2001.

<sup>32</sup> FORD, Richard, *Cosas de España*. Prólogo de Emilio Soler. Ediciones B., Barcelona, 2004.

desde hacía más de cien años. El mismo Blanco White<sup>33</sup>, exiliado español en Londres reconocía la aguda capacidad del clérigo británico: “Pocos viajeros pueden igualarse a Towsend, tanto por la objetividad y gracia de sus descripciones como por la abundancia de informaciones útiles y observaciones profundas con que ha obsequiado a sus lectores”.

### **Viajeros patrios en busca de su identidad**

Si los viajes de escritores foráneos por España no tuvieron demasiada importancia, con las salvedades que hemos apreciado, bien distinto sería el enfoque dado por los transeúntes españoles que, armados con una orden real, se atrevieron a peinar España de norte a sur y de este a oeste. En palabras del profesor Morales Moya, los esforzados viajeros hispanos visitaron una nación que había que restaurar en su presente mirando al próximo futuro. El viaje de los ilustrados patrios señalaría que aún persistían en el país la miseria, la despoblación y el atraso cultural aunque también comenzaban a hacerse patente los nuevos cultivos y las recientes industrias que aunque poco a poco, se iban desparramando por la nación.

España, según Gómez de la Serna<sup>34</sup>, era todavía a fines del siglo XVIII, “un país desconocido de sí mismo e inmóvil dentro de infinitos compartimentos estancos” aunque ya en 1762, un irlandés afincado en España, Bernardo Ward<sup>35</sup>, escribiría su *Proyecto económico*, obra en la que se planeaba la necesaria visita por el reino a cargo de una comisión de individuos inteligentes, “activos y celosos” que visiten todas las provincias dispuestos para elaborar diagnósticos y aplicar las soluciones necesarias de acuerdo con el principio de que “para disfrutar las ventajas de España y remediar sus atrasos, lo primero es conocerlos”. Ward, además, imprimía a sus planteamientos necesarios para conocer la realidad del país una parte muy positiva. Tal vez demasiado, pero que animaría al monarca Fernando VI a hacerle caso: “A cualquier parte que se vuelvan los ojos, no se ven sino tierras las más ricas del universo sin habitantes; las habitadas sin cultivo; las cultivadas sin tener estimación sus frutos por la falta de saca y de consumo; los ríos más caudalosos sin servir para la navegación, ni para regar y fertilizar los campos, ni para usos útiles, como molinos, ferrerías, ingenios, etcétera, millares de hombres y mujeres anegados en la ociosidad y la miseria...” Exactamente lo que haría y dejaría escrito el ilustrado Antonio Ponz en su viaje por Europa<sup>36</sup>: “He tratado los sabios y literatos de mayor reputación, los músicos e instrumentistas de más celebridad. He observado los trajes, las costumbres, los usos y lenguas de diversos países. En una palabra, he procurado

---

<sup>33</sup> BLANCO WHITE, José, *Cartas de España*. Edición de Antonio Garnica. Fundación J. M. Lara, Barcelona, 2004.

<sup>34</sup> GÓMEZ DE LA SERNA, Gaspar, *Goya y su España*. Alianza Editorial, Madrid, 1969.

<sup>35</sup> WARD, Bernardo, *Proyecto económico*. Edición de Juan Luis Castellano. Instituto de Estudios Fiscales, Madrid, 1982.

<sup>36</sup> PONZ, Antonio, *Viaje fuera de España*. Edición de Mónica Bolufer. Universidad de Alicante, Valencia, 2007.

cuanto he podido asemejar mi conducta a la de las abejas; picar en el campo para ir a su casa a formar la miel”.

Este Bernardo Ward, ministro de la Real Junta de Comercio y Minas durante el reinado de Fernando VI había publicado en 1750 una obra<sup>37</sup> en la que relataba lo útil que sería para la sociedad española el que comisionados de la administración borbónica viajasen por toda Europa para analizar los diversos sistemas de fomento de la agricultura, industria y comercio y aplicarlos, a su regreso, en España. Ese mismo año, y tras conocer la obra, se le comisionó a él mismo para ese trayecto que duraría cuatro años. Durante esa estancia en tierras foráneas, Ward fue gestando su *Proyecto económico*, donde el conocimiento de la realidad española sería un elemento imprescindible para proceder a su mejora. Ward, a pesar de su condición de extranjero, figuraría por méritos propios en lo que el profesor Vicens Vives<sup>38</sup> denominaría la generación de Campomanes, que auspiciada por Carlos III se compondría de una serie de personas que se repartieron por los más altos cargos de la nación: ministerios, presidencia del Consejo de Castilla, intendencias, corregimientos, etc., lugares desde donde trataron de aplicar en forma sistemática planes renovadores para la cultura, la enseñanza, la economía y, en suma, todo lo necesario para cambiar la mentalidad y la praxis del país.

Otro irlandés también al servicio de la corona española, William Bowles, iniciaría una serie de viajes por toda España para estudiar la riqueza minera del país y que posteriormente introduciría una serie de medidas técnicas de mejora de esas explotaciones mineras. Bowles<sup>39</sup>, que se asentaría definitivamente en España durante 1752, escribió tras sus viajes una *Introducción a la historia natural y a la geografía física de España*, obra en la que, además de la minería, se ocupaba de la flora y la fauna y de la composición geológica de España.

Dejando aparte la labor de estos dos viajeros foráneos al servicio de España, a partir de entonces fueron numerosos los hispanos que comenzaron a recorrer el país en busca de argumentos para solventar las múltiples necesidades españolas. Es digno de destacar el mérito de tan esforzados transeúntes, tal y como señala, en clave irónica, el profesor Olaechea<sup>40</sup>: “el pésimo estado de los caminos, la incomodidad y la lentitud de los carruajes, o la sordidez de los albergues y posadas, para no hablar de otros incidentes de mayor cuantía ocasionados por las tormentas, las averías de los carricoches, la falta de tiro en las postas, los latrocinios o el bandidaje”.

El profesor Olaechea nos ofrece, además, algunas descripciones dieciochescas que resultan bien significativas sobre los avatares que sufrían los esforzados viajeros de la época. Así, el embajador de España en Madrid, el conde de

---

<sup>37</sup> WARD, Bernardo, *Obra pía para remediar la miseria de la gente pobre de España*. Valencia, 1750.

<sup>38</sup> VICENS VIVES, Jaime, *Historia económica de España*. Ed. Vicens Vives, Barcelona, 1985.

<sup>39</sup> BOWLES, Guillermo, *Introducción a la historia natural, y a la geografía física de España*. En Madrid, en la Imprenta de D. Francisco Manuel de Mena, año de 1775.

<sup>40</sup> OLAECHEA, Rafael, *Viajeros españoles del siglo XVIII en los balnearios del Ato Pirineo francés*. Colegio Universitario de la Rioja, Zaragoza, 1985.

Fernán Núñez, escribía en 1787 desde Bayona al conde de Floridablanca en irónicos términos que, de haberse enterado, no hubieran agradado pero nada a los vizcaínos: “como los hermosos caminos de Vizcaya no se empedraron con cabezas de vizcaínos, cedieron a los balanzos continuos de los coches y carros que los trillaban, y éstos convertidos en escaleras formales, de modo que no hay carruaje que los resista”. Tampoco el ministro de Hacienda Canga Argüelles<sup>41</sup> se mostraba muy satisfecho de la red de caminos de aquella España: “Los caminos de esta industriosa provincia, a excepción del que conduce a Valencia, se hallan en invierno poco transitables”.

Esta excepción del camino real de Barcelona a Valencia, no pareció compartirla en absoluto Carlos Beramendi<sup>42</sup>, oficial de la secretaría de Hacienda que había iniciado un viaje por España de marcado carácter económico siguiendo instrucciones del monarca Carlos IV. En su trayecto por el antiguo Reino de Valencia, Beramendi sintetizaba a su paso por la villa costera de Oropesa todas las desgracias, carencias y horrores que le acecharon en su largo trayecto de seis años por la península: “Villa mal sana a causa de los vanos terrenos pantanosos que la cercan, y muchos de sus naturales la han abandonado por este motivo. (...) Caminando entre sierras pobladas sólo de arbustos, todo malísimo camino, a media hora se empiezan a bajar las cuestas llamadas de Oropesa, que es el peor que se pueda imaginar de solitario, y expuesto a causa de tener a un lado el Mar, que baña la falda del monte por cuya encima va el camino. Es terreno muy a propósito para malhechores y se verifican en él, con alguna frecuencia, robos y muertes, y hasta ahora pocos años solían desembarcar súbitamente los Moros entre las Ensenadas, que forman las peñas, y llevarse cautivos a algunos Parroquianos”.

Y si las comunicaciones se encontraban en España en ese descuidado estado, no resulta extraño que otro importante viajero, el abate Cavanilles<sup>43</sup>, planeara trasladarse en globo, un artilugio que había contemplado volar durante su estancia parisina, para herborizar algunos territorios españoles. El ya citado Antonio Ponz, esta vez en su trayecto por España<sup>44</sup>, resultó un entusiasta defensor de la mejora de la catastrófica red viaria nacional, sentenciando que “más vale arreglar los caminos que conquistar nuevos territorios”.

La profesora Helmann<sup>45</sup> indica que España, siguiendo el ejemplo de otros países europeos también se entusiasmó por los viajes, aunque llegara a la moda viajera con mucho más retraso con respecto a las naciones más avanzadas.

---

<sup>41</sup> CANGA ARGÜELLES, José, *Diccionario de Hacienda con aplicación a España*. Atlas, Madrid, 1968, vol. I, voz: Caminos.

<sup>42</sup> SOLER PASCUAL, Emilio, *El viaje de Beramendi por el País Valenciano, 1793-94*. Ediciones del Serbal, Barcelona, 1994.

<sup>43</sup> CAVANILLES, Antonio Josef, *Observaciones sobre la historia natural, geografía, agricultura, población y frutos del Reyno de Valencia*. Reedición facsímil. Prólogo de Juan F. Mateu y Bellés. Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Castellón, Castellón, 1991.

<sup>44</sup> PONZ, Antonio, *Viaje de España*. Aguilar, Madrid, 1947.

<sup>45</sup> HELMANN, Edith F., “Viajes españoles por la España del siglo XVIII”, en: *Nueva Revista de Filología Hispánica*, VII. Madrid, 1953.

Belén Tejerina<sup>46</sup> apunta que esto era fiel reflejo del atraso español en materia cultural y política. Y nos recuerda una conversación irónica sostenida en Italia por Moratín con el poeta Parini, muy ilustrativa sobre la falta de interés por viajar que hasta entonces se respiraba en España: “Los españoles viajan poco, y los que lo hacen, no suelen acostumbrar a dar molestias con su presencia a los hombres de mérito que hallan al paso: ¿Para qué?, ¿Acaso no basta con visitar al banquero?”.

El viajero ilustrado español emprendía sus dificultosos y largos periplos impulsados, en la mayor parte de las ocasiones, por el reformismo que se había apoderado de los ilustrados equipos ministeriales de la monarquía borbónica hispana. Éste sería, como tantos otros, el caso de Carlos Beramendi, que inició su itinerario con un objetivo final: la búsqueda del progreso material, el mismo que señalaba Sarrailh<sup>47</sup>: “Es preciso que los campos se cultiven mejor, y esto será cuando la propiedad esté mejor repartida; es preciso que las fábricas se multipliquen, y se multiplicarán cuando los artesanos sean más instruidos, y más inteligentes los dueños; es preciso imitar al extranjero, y esto ocurrirá cuando los españoles lo conozcan mejor”.

Era una época, la de la segunda mitad del siglo XVIII especialmente, en la que los gobernantes reformistas creían en un ideal económico que a través de la agricultura, el comercio y la industria, se hacían prósperas las naciones. Esos mismos reformistas ilustrados conjeturaban con la necesidad de un Estado que aplicara esas consignas; no en un Estado liberal, sino en el poder político al servicio del pensamiento reformador. Una de las maneras de llevar adelante estos bellos proyectos consistía en la potenciación del conocimiento de la realidad española. De esta forma, con una orden Real, excelente carta de presentación que abría casi todas las puertas, los ilustrados españoles, muchos de ellos valencianos<sup>48</sup>, investigaron archivos y bibliotecas; visitaron monumentos e iglesias, realizaron el inventario del patrimonio artístico; describieron paisajes; dibujaron inscripciones antiguas y plantas de la flora peninsular; cruzaron estrechos y desvencijados puentes, cuando los había; recorrieron tortuosos caminos donde, muy a menudo, se vieron despojados de sus pertenencias por los amigos de lo ajeno; reunieron y clasificaron documentos; observaron el campo y contabilizaron sus cosechas; estudiaron y analizaron el comercio y la industria; conocieron aldeas y ciudades, saludando a sus habitantes; y se alojaron, como no, en tristes e inhóspitas posadas. Esos viajeros, esos sufridos viajeros, además, debían anotar todo lo que veían y escuchaban, tal y como hiciera Gaspar Melchor de Jovellanos<sup>49</sup> en sus viajes por su tierra, Asturias.

---

<sup>46</sup> FERNÁNDEZ DE MORATÍN, Leandro, *Viaje a Italia*. Edición crítica de Belén Tejerina. Espasa y Calpe, Madrid, 1991.

<sup>47</sup> SARRAILH, Jean, *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*. Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1974.

<sup>48</sup> BAS CARBONELL, Manuel, *Viajeros valencianos: Libros de viajes (siglos XII–XXI)*. Ayuntamiento de Valencia, Valencia, 2003.

<sup>49</sup> JOVELLANOS, Melchor Gaspar de, *Diarios*. Edición de José Miguel Caso. Planeta, Barcelona, 1991.

## Tipología de los viajeros españoles

Si cuando hablábamos de Weininger señalábamos que los viajeros foráneos no eran más que simples espectadores del espectáculo que se desarrollaba en el país que visitaban, no lo es menos que los transeúntes patrios por aquella España dieciochesca, los encargados como hemos señalado de analizar la realidad de la nación para tratar de cambiarla a mejor, eran actores del drama de su tierra, actores y no espectadores. Como señalaba el profesor Gómez de la Serna<sup>50</sup>, el viajero español visita su país con los ojos bien abiertos para tomar posiciones frente a las condiciones que le rodean, viviéndola en profundidad y desplazándose de una perspectiva distinta a la que estaba acostumbrado. La curiosidad intelectual del viajero ajeno deja paso al interés vital del visitante patrio; el viaje de este último, en suma, “no es una aventura entregada a las sorpresas del azar, sino una indagación en pos del significado del destino histórico del que él mismo participa sobre la tierra que recorre”.

Muchos fueron los españoles llamados a recorrer su nación y a dejar testimonio escrito de sus aventuras y desventuras. Los viajeros patrios solían adoptar algunos instrumentos a la hora de fijar sus posiciones, herramientas que muchos han tildado de roussonianas atendiendo a las lecciones del *Emilio*: Debían observar atentamente la realidad que les circundaba. Más tarde, ejercitar frente a esa realidad el arte de pensar, lo que no era poco. En tercer lugar, debían desprenderse ante esa realidad del prejuicio que llevaban consigo desde su mundo original que, en ningún caso, tenía que ver con la realidad que estaban viviendo. Por último, y como el tiempo apremiaba porque las reformas no podían esperar demasiado, dirigir su atención a lo verdaderamente útil y no al mero pasatiempo del que disfrutaban en su trayecto los viajeros foráneos.

Diversas han sido las taxonomías o clasificaciones que diferentes autores han realizado sobre los motivos que impulsaban a los ilustrados hispanos a recorrer su territorio. Desde estas páginas podemos establecer una más, la nuestra, que puede aportar alguna idea sobre la importancia de la literatura viajera hispana en el XVIII para tratar de entender la realidad y protagonizar la historia.

En primer lugar, se debe hablar del **Viaje regio**, el que emprendían los monarcas de la casa de Borbón por España para conocerla y darse a conocer. El más primitivo de todos sería el de Antonio de Ubilla y Medina, marqués de Ribas, cuyo título, acortado, rezaba así: *Sucesión de el Rey Don Phelipe V. Diarios de sus viages desde Versailles a Madrid*, ejemplar rarísimo y, al decir de Gómez de la Serna, nunca reeditado. Libro que se limita, como otros anteriores del siglo XVI, por ejemplo, los de Vital o el de Cock, contando trayectos de Carlos I y de Felipe II<sup>51</sup> a dar cuenta de las jornadas que recorre la comi-

---

<sup>50</sup> GÓMEZ DE LA SERNA, Gaspar, *Los viajeros de la Ilustración*. Alianza Editorial, Madrid, 1974.

<sup>51</sup> VITAL, Laurent, *Primer viaje a España de Carlos I con su desembarco en Asturias*. Presentación de Ignacio Gracia Noriega. GEA, Oviedo, 1992.

COCK, Enrique, *Relación del Viaje hecho por Felipe II en 1585, a Zaragoza, Barcelona y Valencia*. Madrid, Imprenta de Aribau y Cía, 1876.

tiva real, las sensaciones del soberano, cómo se le acoge a su paso por pueblos y ciudades, así como el ceremonial que se solía usar sin olvidar, lo más interesante, algunos comentarios de la propia cosecha del autor y que sirven para pulsar, parcialmente, la situación en aquel lugar e instante.

Como señala el propio Ubilla en su libro, “el fin a que siempre se escriben estas relaciones es realmente el de la exaltación de la importancia y, sobre todo, de la dignidad de la realeza en tránsito por sus dominios”. Dicho de otro modo, el pueblo queda al margen de la observación y se limita a convertirse en sujeto pasivo que se deslumbra ante el paso de la comitiva. Por parte del relator del viaje, normalmente un cortesano de cierto renombre y ascendencia sobre la regia persona, el desinterés sobre la realidad por la que pasea es total. No viaja para conocer la realidad, como se hará décadas más tarde, sino para exaltar la realeza aunque, y esto siempre es importante, no evita dejar algunas pistas de lo que se puede llamar la estructura material del viaje: itinerarios, medios de transporte, jornadas, alojamientos, estado de los caminos, comitivas y un largo etcétera en el que también se pueden incluir algunas descripciones sobre la figura del monarca, siempre elogiosas, faltaría más. Así, por ejemplo, en el citado libro de Ubilla, su autor, personaje del pasado al que le tocó leer el testamento del fallecido Carlos II que proclamaba heredero al trono de España a un francés, y que trata de congraciarse con el presente, no duda en afirmar sobre Felipe de Anjou, Felipe V: “Lo primero, el Rey es graciosísimo en su persona y acciones, muy galán y muy español en el aire”, lo cual no deja de resultar curioso porque el joven monarca de dieciséis años, nieto de Luís XIV y nacido en Versalles, llegó a éste su nuevo país sin haber puesto nunca los pies aquí y, lógicamente, sin hablar ni una sola palabra en castellano.

Avanzado ya el siglo XVIII, los viajes de ilustrados patrios por España comienzan realmente a partir del reinado de Fernando VI (1746–1759). De entre todos ellos podemos destacar, en segundo lugar los **Viajes económicos**, realizados, lógicamente, por comisionados oficiales debidamente preparados y/o acreditados que debían estudiar la estructura económica de un país dividido en varios reinos. Dentro de este amplio apartado, obviamente deben figurar los ya mencionados trayectos de Ward, *Proyecto económico*, o de Bowles, *Introducción a la historia natural y geografía física de España*. En esa misma línea se encontrarían los trayectos realizados por Jovellanos por los caminos asturianos para informar sobre la construcción de la carretera de Castilla hasta el Principado, cuyas notas figuran en su *Diario Quinto*, escrito entre 1793 y 1795, aunque se trate de meros fragmentos pero que abarcan temas de carácter literario, histórico y monumental. Otro importante personaje de la corte que dejó sus apuntes economicistas fue Pedro Rodríguez Campomanes<sup>52</sup>, especialmente a Extremadura en 1778 y a las sierras castellanas en 1779, que nos presentan a un personaje ilustrado como geógrafo, muy

---

<sup>52</sup> RODRÍGUEZ CAMPOMANES, Pedro, *Viajes por España y Portugal*. Edición de J. M. Sánchez Molledo y Juan J. Nieto Callén. Miraguano, Madrid, 2006.

interesado en los medios y vías de comunicación en España tan necesarios para sus proyectos reformistas.

También como un importante viaje económico por la España dieciochesca se debe encuadrar el que realizara por gran parte de España un joven secretario de Hacienda, el ya citado Carlos Beramendi y Freyre<sup>53</sup>, autor de un interesante trayecto con motivos economicistas por España que comenzaba su primer volumen en la ciudad de Valladolid un siete de noviembre de 1791. El segundo tomo lo abría con “Descripción del Gobierno, Agricultura, Industria y Comercio del Reyno de Aragón” en agosto de 1792. El tercero, estaba dedicado íntegramente al “Comercio de Cataluña”: “Los catalanes son activos e industriosos y puede decirse con verdad, que Cataluña es la provincia más aplicada de España: sus más importantes fábricas son las de lana, algodón y seda...” El cuarto tomo comenzaba el 3 de abril de 1793 con un “Viage al Combento de Monserrat”. En la página 90 de este cuarto volumen, Beramendi titulaba “Acaba el principado de Cataluña y entro al Reyno de Valencia”. El quinto tomo manuscrito comenzaba con la salida del economista de Valencia en dirección a Alicante, donde tenía un objetivo muy concreto: subir hasta Alcoy para conocer una de las ciudades más industriales del país y sus producciones textiles y papeleras<sup>54</sup>. El sexto volumen se iniciaba el 4 de septiembre de 1794 con la descripción de la capital murciana, donde se detuvo muy especialmente en contarnos la crianza del gusano de seda y la comercialización posterior del producto. El séptimo tomo se iniciaba, con fecha 25 de abril de 1795, con el título “Continuación de mi viaje hasta la ciudad de Granada”, donde a su llegada, no pudo por menos de lamentarse del estado en que se hallaba la antaño importante ciudad y su Alhambra: “No puedo dejar de decir que es doloroso ver el abandono con que se ha mirado, y se mira el suntuoso Palacio de los antiguos reyes moros de Granada”, aunque también le llama poderosamente la atención la división de la agricultura granadina en Sierra y Vega y sus respectivas cosechas “calculadas por un quinquenio, ascienden anualmente a 300.000 fanegas de trigo y 50.000 de cebada”. El tomo octavo se abría con un gran “Plano del Puerto, y ciudad de Málaga situada en la costa del Reyno de Granada” el 29 de abril de 1795. Un completo plano de Sevilla, fechado el 28 de febrero de 1796, abría el tomo noveno y finalizaba con unas recomendaciones para que “se facilite la navegación desde Sevilla a Córdoba”, verdadera obsesión para cualquier ilustrado que se preciara de ello. Por último, el volumen décimo se iniciaba el 14 de mayo de 1796 describiendo el itinerario hasta llegar a Cádiz, por Jerez, Puerto de Santa María, Puerto León, la isla de León y el arsenal de La Carraca. En este tomo, Beramendi deja dos completas tablas del “Estado general de los géneros, frutos, y efectos extranjeros despachados por la Real Aduana de Cádiz, en el año

---

<sup>53</sup> BERAMENDI Y FREYRE, Carlos, *Viage de España*. Diez tomos manuscritos en la Biblioteca de la Fundación Lázaro Galdiano madrileña. Mss. 734/743.

<sup>54</sup> BERAMENDI Y FREYRE, Carlos, *El País Valenciano a fines del siglo XVIII*. Edición de Emilio Soler Pascual. Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, Alicante, 1994.

pasado de 1794: con expresión de su procedencia, valores y derechos que han devengado” y que resultaba un notable trabajo de recopilación exhaustiva de la mayor parte de la floreciente economía gaditana.

Un tercer apartado de los trayectos ilustrados por España lo conformarían los **Viajes científico-naturalistas**, como los emprendidos por el erudito benedictino a cuyas instancias se creara el Real Jardín Botánico de Madrid, el padre Sarmiento<sup>55</sup>, a Galicia durante 1745. O los viajes botánicos y algo más del abate Josef Cavanilles. Estos viajes del ilustrado valenciano tomaron cuerpo editorial con sus famosas *Observaciones sobre el Reyno de Valencia* ya citadas, publicadas en el Madrid de 1793 y 1797, a consecuencia de un viaje regio que debía cubrir toda España pero que, al ser nombrado Cavanilles director del Jardín Botánico madrileño, quedó configurado a sus experiencias viajaras por el País Valenciano. Las *Observaciones* de Cavanilles también recogen importantes anotaciones sobre la población, costumbres, geografía, y agricultura de los lugares que recorre, dejándonos unos importantes dibujos de su paso por los mismos.

No menos importantes resultarían los conocidos como **Viajes artísticos**, de los que el más famoso de todos resultaría, con mucho, el realizado por el sacerdote castellonense Antonio Ponz, ya citado anteriormente. Este recorrido del jesuita español comienza a publicarse en 1772 y concluye con su volumen número 20, último y póstumo, en 1794. Ponz, viajero infatigable por casi toda España con el afán de inventariar las riquezas artísticas de la Compañía de Jesús y describir la del resto de iglesias y conventos patrios, consiguió una obra que aporta una extraordinaria visión sobre el patrimonio artístico-cultural, mueble e inmueble, de una España dieciochesca por la que pasarían varias guerras en siglos sucesivos y que perdería gran parte de sus tesoros. La obra de Ponz, una verdadera guía artística de una España que ya no es, sirve, entre otras muchas cosas, para valorar lo que había y lo que ya no existe. Como definía su obra uno de los biógrafos que lo estudiaron<sup>56</sup>: “Ponz no escribió únicamente para los eruditos; ni tan siquiera sólo para los estetas”.

Otros libros de viajes interesantes y encuadrados en este campo serían el *Viage artístico a varios pueblos de España*, del secretario de la Academia de San Fernando Isidoro Bosarte, que se tiene por una continuación en pequeña escala de los libros de Ponz; o el del miembro de la Real Academia de la Historia y tres veces su presidente, José de Vargas Ponce, trayectos realizados en 1779 por Cartagena, Sevilla, Tarragona y Murcia<sup>57</sup> o en 1786 por Baleares<sup>58</sup>.

Un nuevo e interesante apartado, estrechamente ligado al anterior ya que resulta complejo discernir un tema del otro, sería los conocidos como **Via-**

---

<sup>55</sup> SARMIENTO, Martín, fray, *Viaje a Galicia en 1745*. Edición de José Luis Pensado. Salamanca, 1975.

<sup>56</sup> LA PUENTE, Joaquín de, *La visión de la realidad española en los viajes de D. Antonio Ponz*. Moneda y Crédito, Madrid, 1968.

<sup>57</sup> VARGAS PONCE, José de, *Descripción de Cartagena*. Murcia, 1978.

<sup>58</sup> VARGAS PONCE, José de, *Descripción de las Pithiusas y Baleares*. Madrid, 1787.

**jes histórico-arqueológicos.** Como los efectuados por fray José Ortiz y Sanz, canónigo setabense, liberal y uno de los más prolíficos estudiosos de la Antigüedad Clásica. Su proyecto inacabado<sup>59</sup> *Viaje arquitectónico-anticuario* quedó inconcluso a pesar de los deseos y apoyos de monarcas como Carlos III y Carlos IV. Como asimismo quedó por finalizar el de su predecesor en este mismo encargo a Luís José Velázquez, el marqués de Valdeflores. El aristócrata malagueño recibió el mandato del marqués de la Ensenada de elaborar una colección general de todos los antiguos monumentos originales y contemporáneos de la historia de España, para lo que se recorrió algunas provincias acompañado del dibujante Esteban Rodríguez. La caída en desgracia de Ensenada llevó al olvido tan importante encargo y de todas las memorias de los trayectos tan sólo quedó un pequeño volumen aparecido en 1765, la *Noticia del Viaje de España*. Notable también sería el trayecto efectuado pro Francisco Pérez Bayer a edad ya muy avanzada. Su recorrido por Valencia, Murcia, Andalucía y Portugal, ha permanecido inédito durante siglos hasta que en fechas recientes una edición del profesor Mestre<sup>60</sup> ha sacado a la luz el muy interesante trayecto arqueológico realizado por el ilustrado valenciano en 1782.

En sintonía con estos trayectos citados y teniendo en cuenta siempre la transversalidad que adoptan las observaciones realizadas por los viajeros, también se puede incluir aquí el *Viage literario a las iglesias de España*, compuesto por las cartas que Jaime Villanueva enviaba a su hermano Joaquín Lorenzo, quien ponía colofón a las mismas. La obra en veintidós volúmenes<sup>61</sup>, que fueron editándose en años diferentes (el tomo I, en 1803; el II y el III, en 1804; el IV y el V, en 1806; los tomos VI al X, en 1821; del XI al XIV, en 1850; del XV al XXI, en 1851; y el XXII, en 1852) recoge un estudio exhaustivo de monumentos, archivos y documentos que se encontraban en las iglesias de las diócesis valencianas, catalanas y mallorquinas. Aunque la autoría de la obra suele ir a nombre de los dos hermanos, ambos clérigos, los cinco primeros volúmenes los publicó Joaquín Lorenzo, sin que apareciese el nombre de su hermano Jaime como principal autor. Las circunstancias políticas de aquella época obligaron no sólo a suprimir ciertas opiniones, sino a que el nombre más autorizado de Joaquín Lorenzo, autor de más de cien obras, generalmente de teología, las sirviese de salvaguardia.

También perfectamente engarzado en los temas anteriores se puede considerar el apartado de los llamados **Viajes literario-sociológicos**, correspondiendo a una época, la de la Ilustración, en que lo literario se fundía con los balbuceos de una sociología apenas incipiente, tal y como señala el profesor Gómez de la

---

<sup>59</sup> CANTO, Alicia M., "El viaje arquitectónico-anticuario de Fray José Ortiz y Sanz: una carta arqueológica de España a fines del XVIII", en: *Spal*, 10. Sevilla, 2001.

<sup>60</sup> PÉREZ BAYER, Francisco, *Viajes literarios*. Edición de Antonio Mestre y otros. Diputación de Valencia, Valencia, 1998.

<sup>61</sup> VILLANUEVA, Joaquín Lorenzo y Jaime, *Viage literario a las iglesias de España*. Estudio previo de Emilio Soler Pascual. Faxímil. Valencia, 2001. Vid. SOLER PASCUAL, Emilio, *El viaje literario y político de los hermanos Villanueva*. Biblioteca Valenciana, Valencia, 2001.

Serna. Algunas de las obras ya citadas podrían entrar de pleno derecho en este apartado pero sí queremos resaltar alguna específica, caso de las *Noticias de la vida y escritos del padre Flórez*<sup>62</sup>, autor éste de los primeros volúmenes de la monumental *España Sagrada*, de la que ya hemos hablado anteriormente y que se podría encuadrar perfectamente en este apartado. Más viajes de este aspecto se pueden considerar los de dos poetas y prosistas españoles<sup>63</sup>: Tomás de Iriarte y su *Viaje a la Alcarria* de 1781 y José de Viera y Clavijo, *Viage a la Mancha*, de 1774. Para sintetizar este apartado que podría verse considerablemente aumentado en cantidad, no podemos dejar de citar los *Diarios* de Jovellanos, que también inciden en muchos de los aspectos que se podrían englobar aquí.

Menos conocidos son los **Viajes político-militares**, en los que podríamos encuadrar el del ilustrado gallego José Cornide Saavedra y Folgueira<sup>64</sup>, obra de claro carácter defensivo-militar en la que, entre otros asuntos, se describen los puertos atendiendo a su mayor o menor dificultad para el desembarco de embarcaciones de mayor o menor envergadura o la relación de las atalayas diseminadas por el litoral gallego que pudieran avisar de la llegada del enemigo, principalmente el británico, asolador habitual de la costa de Galicia. Y si Cornide fue un firme defensor del galleguismo, otro tanto podemos señalar del catalán Rafael d' Amat, más conocido como el Baró de Maldá en su recorrido por muchos pueblos y ciudades de Catalunya conocido como *Caláix de Sastre*<sup>65</sup>. Amat, sobrino del virrey Amat y miembro de la Academia de Buenas Letras escribió un vasto dietario de sesenta volúmenes entre 1769 y 1816 donde describe, en un catalán coloquial y pintoresco los acontecimientos sociales que contempla, los personajes que conoce o los sucesos de cariz político que le rodean. Pero si el baró de Maldá aporta una visión catalanista a la vida de la España de la segunda mitad del XVIII en Catalunya, no lo hace así, sino todo lo contrario, Francisco de Zamora, alcalde del crimen en el Principado, en su recorrido, entre 1785 y 1790, por las tierras catalanas en su misión, "confidencial" la llama él, de delegado gubernamental de Castilla<sup>66</sup>.

Pero como la España del XVIII no se limitaba a los territorios peninsulares, otro de los apartados que debemos considerar en nuestra apresurada clasificación viajera podría ser el de los **Viajes a las colonias de ultramar**. Si durante el siglo XVIII, el siglo de la Botánica que tantas ventanas abriría a la medicina

---

<sup>62</sup> MÉNDEZ, Francisco, *Noticias de la vida y escritos del padre maestro Enrique Flórez...* Real Academia de la Historia, Madrid, 1876.

<sup>63</sup> CIORANESCU, Alejandro, *José Viera y Clavijo. Tomás de Iriarte: Dos viajes por España (La Mancha 1774 – La Alcarria 1781)*. Santa Cruz de Tenerife, 1976.

<sup>64</sup> CORNIDE, José, *Descripción circunstanciada de la costa de Galicia, y raya por donde confina con el inmediato Reino de Portugal. Hecha en el año de 1764*. Edición de X. L. Axeitos. Edición do Castro, A Coruña, 1991.

<sup>65</sup> AMAT, Rafael d', Baró de Maldá, *Viatge a Maldà i anada a Montserrat*. Edición de Margarida Aritzeta. Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1986. Vid. AMAT I DE CORTADA, Rafael, Baró de Maldá, *Calaix de Sastre*.

<sup>66</sup> ZAMORA, Francisco de, *Diario de los viajes hechos en Cataluña*. Edición de Ramón Boixareu. Curial, Barcelona, 1973.

y la alimentación, fueron numerosas e importantes las expediciones científicas<sup>67</sup> que viajaron a América, del Norte y del Sur, así como a Filipinas, podemos destacar tres de ellas para no extendernos demasiado, dejando aparte el interesante e importante viaje de Humboldt<sup>68</sup> de cinco años de duración porque, a pesar de los permisos pertinentes, no fue un trayecto expedicionario organizado por la corona española.

La primera, por orden cronológico, sería el viaje de Jorge Juan y Santacilia<sup>69</sup> junto a su compañero Antonio de Ulloa al ecuador americano. Estos dos jóvenes guardiamarinas recién licenciados de la Escuela gaditana, formaron parte en forma casual de la expedición francesa que debía medir un arco de meridiano ecuatorial para clarificar la forma, y por lo tanto el tamaño, del globo terrestre. Tras casi once años de estancia americana, Juan y Ulloa regresarían a España con el deber cumplido y sabiendo que la tierra tenía forma de sandía, achatada por los polos. Frutos de su estancia en el virreinato del Perú, publicaron conjuntamente algunos libros que hoy en día resultan esclarecedores sobre el modelo colonial hispano en las colonias de ultramar: *Observaciones astronómicas, y físicas hechas de orden de S.M. en los Reynos del Perú, de los cuales se deduce la figura y magnitud de la Tierra y se aplica a la navegación* (1748), *Relación histórica del viaje a la América meridional, hecho de orden de su Majestad para medir algunos grados del meridiano* (1748), *Disertación histórica, y geographica sobre el meridiano de Demarcacion entre los dominios de España, y Portugal* (1749) o *Noticias secretas de América* (1826). Tanto Ulloa como Juan fueron mandados por los diversos gobiernos reformistas españoles para visitar países europeos, observar sus transformaciones políticas, militares y económicas, y trasladar sus anotaciones a España. De hecho, Jorge Juan mantuvo una misión secreta en Inglaterra durante casi dos años en la que se dedicó a contratar y enviar en forma camuflada al astillero de El Ferrol a técnicos británicos de navegación, especialmente a irlandeses católicos, para copiar los sistemas de la Armada inglesa y adaptarlos a la nueva Marina que Ensenada y Juan querían formar.

La segunda gran expedición española al Nuevo Mundo, sería la que hiciese el futuro brigadier de la Armada Alejandro Malaspina, autor de un viaje alrededor del globo que duró cinco años y que constituyó el último gran empeño dieciochesco español en averiguar, entre otras muchas cosas, el estado político y militar de las colonias ultramarinas, estudiado exhaustivamente en el diario del viaje del marino italo-español en la edición que preparó Mercedes Palau, pionera

---

<sup>67</sup> PUIG-SAMPER, Miguel Ángel, *Las expediciones científicas durante el siglo XVIII*. Akal, Madrid, 1991.

<sup>68</sup> HUMBOLDT, Alexander von, *Viaggio alle regioni equinoziali del nuovo continente*. 3 vols. Edición de Fabienne O. Vallino. Fratelli Palombi Editori, Roma, 1986.

MINGUET, Charles, *Alejandro de Humboldt. Historiador y geógrafo de la América española (1799–1804)*. 2 vols. UNAM, México, 1985.

<sup>69</sup> SOLER PASCUAL, Emilio, *Viajes de Jorge Juan y Santacilia. Ciencia y política en la España del siglo XVIII*. Ediciones B, Barcelona, 2002.

en los estudios sobre Malaspina en España<sup>70</sup> conjuntamente con Dario Manfredi en Italia<sup>71</sup>. El catálogo de la documentación del viaje de Malaspina por América, Filipinas, Australia y Nueva Zelanda, fue recogido exhaustivamente por la doctora Higuera<sup>72</sup>, más de un millón de documentos que tras el retorno del brigadier a la península y su posterior encarcelamiento por Godoy<sup>73</sup>, quedaron sepultados durante más de ciento cincuenta años al ser tildado Malaspina de reo de alta traición y ser condenado a pasar diez años en el penal de San Antón de La Coruña. Los deseos de Alejandro de que España pudiera mejorar su sistema colonial americano para evitar la independencia de la metrópoli quedaron desvanecidos tras su desaparición de la escena política española. Pocos años más tarde, la inevitable secesión de las colonias de ultramar harían mucho más presentes las palabras que dejara escritas el brigadier poco antes de emprender su expedición: “¿Sin conocer América, cómo es posible gobernarla?”<sup>74</sup>. Y no lo era, claro.

La tercera gran expedición, y última, dieciochesca española al Nuevo Mundo la constituyó la conocida como Expedición Filantrópica de la Vacuna. Los objetivos de Franciso Xavier Balmis, su director, y el Joseph Salvany, el vice-director, eran llevar a las colonias de ultramar el remedio a una plaga que había asolado América desde la llegada de los europeos a las Antillas, la viruela, y establecer los sistemas sanitarios adecuados para que se pudiera tratar la enfermedad a partir de la vacunación masiva. Tras el descubrimiento de la vacuna contra la enfermedad por el inglés Edward Jenner, el cirujano alicantino Balmis se dedicó en cuerpo y alma a tratar de erradicar esa terrible enfermedad en los dominios de la corona española<sup>75</sup>. Bien pronto recibió el apoyo del todopoderoso Manuel Godoy y, especialmente, del monarca Carlos IV, quien había vivido de primera mano los estragos de la temible viruela y deseaba, al mismo tiempo, que los dominios americanos, en trance de rebelarse contra la metrópoli, vieran que la monarquía española, que nunca había puesto pie en aquellas lejanas tierras, se interesaba vivamente por ellos<sup>76</sup>... Tres largos años, desde

---

<sup>70</sup> MALASPINA, Alejandro, *Viaje científico y político a la América Meridional, a las costas del mar Pacífico y a las islas Marianas y Filipinas verificado en los años de 1789, 90, 91, 92 y 93 a bordo de las corbetas Descubierta y Atrevida de la Marina Real, mandadas por los capitanes de navío D. Alejandro Malaspina y D. José F. Bustamante*. PALAU, Mercedes, SAIZ, Blanca y ZABALA, Aranzazu. El Museo Universal, Madrid, 1984.

<sup>71</sup> MANFREDI, Dario, *Alessandro Malaspina e Fabio Ala Ponzone*. Il Mulino, Bologna, 1999.

<sup>72</sup> HIGUERAS RODRÍGUEZ, María Dolores, *Catálogo crítico de los documentos de la expedición Malaspina (1789–1794) del Museo Naval*. 3 vols. Museo Naval, Madrid, 1985, 1987 y 1994.

<sup>73</sup> SOLER PASCUAL Emilio, *La conspiración Malaspina (1795–1796)*. Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, Alicante, 1990.

<sup>74</sup> SOLER PASCUAL, Emilio, *La aventura de Malaspina*. Ediciones B, Barcelona, 1999.

<sup>75</sup> BALAGUER I PERIGUELL, Emili, *Balmis o L'esperit de la Il·lustració en la medicina espanyola*. Consell Valencià de Cultura, València, 1996.

<sup>76</sup> SOLER PASCUAL, Emilio, “Una expedición tan gloriosa, que será envidiada de todas las naciones. La aventura americana del doctor Balmis”, en: *De cosas y hombres de nación valenciana. Doce estudios en homenaje al Dr. Antonio Mestre Sanchis*. Edición de Enrique Giménez. Universidad de Alicante, Valencia, 2006.

1803 a 1806, llenos de penurias, alegrías y contradicciones transcurrieron hasta que Balmis regresara, sano y salvo, a España después de haber dado la vuelta al mundo. No tuvo tanta fortuna el médico Salvany, quien, tras haberse separado en Venezuela de la expedición con el objetivo de llevar el antídoto al Río de la Plata atravesando la cordillera de los Andes, fallecería en Cochabamba en 1810<sup>77</sup>, donde, con toda seguridad, conocería al naturalista checo Tadeo Haenke<sup>78</sup>, dándose la circunstancia, casual, de que dos de los científicos componentes de las más importantes expediciones españolas de la Ilustración morirían en la misma población, hoy boliviana.

El último de los grandes apartados en que podríamos dividir los trayectos de españoles dieciochescos sería el de los **Viajes fuera de España**, con el afán y el mandato de abrir los ojos de los gobiernos reformistas borbónicos a lo que se estaba realizando al otro lado de los Pirineos, bien en el campo del arte y la cultura, bien en el de las investigaciones científicas, técnicas o políticas<sup>79</sup>, como si de una empresa patriótica se tratara. Si anteriormente hemos mencionado esas mismas misiones efectuadas por militares de la talla de Juan, Ulloa, Pérez Bayer o Malaspina, necesariamente debemos recordar, también, las recomendaciones extraídas del viaje del abate Ponz por varios países de Europa (Francia, Inglaterra, Holanda y Bélgica), también citado: “Viajad en aquella edad en que, ya formado el juicio, ilustrado el entendimiento y rectificada la razón, ve, examina y compara. Tendréis cada día nuevas ocasiones de amor a vuestro país...” Pero, como señala la profesora Bolufer<sup>80</sup>, esta práctica viajera hispana por el entorno europeo que tuvo manifestaciones más tardías y menos intensas que en otros países, tampoco dejaron de existir. Así, por citar tan sólo algunos ejemplos dieciochescos, se pueden mencionar los trayectos de Bernardo José de Olives (1700)<sup>81</sup>, Diego Alejandro de Gálvez (1755)<sup>82</sup>, Clemente Baena (1761)<sup>83</sup>, Pedro Rodríguez Campomanes (1762)<sup>84</sup>, Sebastián Muniesa (1772)<sup>85</sup>, José

---

<sup>77</sup> RAMÍREZ MARTÍN, Susana María, *La salud del Imperio. La Real Expedición Filantrópica de la Vacuna*. Doce Calles, Madrid, 2002.

<sup>78</sup> OPATRNÝ, Josef y otros (eds.), *El Paraíso Ilustrado. Malaspina y Haenke en el Nuevo Mundo*. Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación, Madrid, 2006.

<sup>79</sup> BATLLORI, Miquel, “Presencia de España en la Europa del siglo XVIII”, en: *La época de la Ilustración. I. El Estado y la cultura (1759–1808)*. Edición de M. Batllori y otros. Espasa-Calpe, Madrid, 1987.

<sup>80</sup> BOLUFER PERUGA, Mónica (ed.), *Viaje fuera de España*. de Antonio Ponz, op. cit.

<sup>81</sup> AMORÓS, J. L. y otros, *Europa 1700. El Grand Tour del menorquín Bernardo José*. Ediciones del Serbal, Barcelona, 1993. AMORÓS, J. L. y CANUT, M. L., *Lo que vio Bernardo José en su viaje por Flandes, Holanda y Sur de Inglaterra*. Ministerio de AA.EE., Madrid, 1995.

<sup>82</sup> AGUILAR PIÑAL, Francisco, “De Sevilla a Flandes en el siglo XVIII. Don Diego Alejandro de Gálvez y su Itinerario geográfico”, en: *Archivo hispalense*, nº 105. Sevilla, 1961.

<sup>83</sup> BAENA, Clemente Antonio de, *De Arcos a Roma en 1761*. Arcos de la Frontera, 1893.

<sup>84</sup> RODRÍGUEZ CAMPOMANES, Pedro, *Noticia geográfica del reino y caminos de Portugal*. Madrid, 1762.

<sup>85</sup> MUNIESA Y ORDOVÁS, Sebastián, *Itinerario y relación de su viaje de Zaragoza a Roma y de Roma a Zaragoza (1772–1773) y a París (1784)*. Latassa y Ortín, Félix (ed.), *Biblioteca antigua y nueva de escritores aragoneses*. Zaragoza, 1884.

Viera y Clavijo (1777–1781)<sup>86</sup>, Juan Andrés Morell (1785–91)<sup>87</sup>, el marqués de Ureña (1787–88)<sup>88</sup>, Leandro Fernández de Moratín (1787–1793)<sup>89</sup>, Francisco de Miranda (1792)<sup>90</sup>, o el conde de Maule (1797–1800)<sup>91</sup>, todos ellos de interesantes y/o importantes.

### A modo de conclusión

Con estas breves líneas, hemos querido demostrar que la literatura de viajes, al menos la escrita en España y por españoles durante la centuria ilustrada, no resulta un género menor aunque, como se ha señalado, este país llegara tarde y probablemente no en las debidas condiciones para desarrollar los objetivos que de la misma se esperaban: un instrumento para cambiar la realidad hispana en una época empeñada en que esos cambios, por necesarios, se produjeran. Unas narraciones de viajes que, en palabras de Nicolás Bas<sup>92</sup>, han ido elaborando su propio discurso narrativo a partir de su entrada en la literatura considerada como importante, capaz de aportar novedosos e interesantes datos como fuente documental de nuestra historia y configurándose, a partir de la centuria ilustrada, como una producción literaria moderna desde que empezó a ser compendiada, seleccionada y catalogada. Una de las herramientas válidas, en suma, para el análisis de la historia de España y que tendría una continuación con el análisis, muchas veces folletinesco y exagerado<sup>93</sup>, de los viajeros foráneos, especialmente los más prestigiosos literatos franceses, que visitaron este país en el siglo XIX. Pero esa ya es otra historia.

---

<sup>86</sup> VIERA Y CLAVIJO, José, *Apuntes del diario e itinerario de mi viaje a Francia y Flandes y Extracto de los apuntes del diario de mi viaje desde Madrid a Italia y Alemania*. Biblioteca Isleña. Santa Cruz de Tenerife, 1849.

<sup>87</sup> ANDRÉS, Juan, *Bolonia, Florencia, Roma; cartas familiares de Juan Andrés Morell*. Edición de Enrique Jiménez. Universidad de Alicante, Alicante, 2004.

<sup>88</sup> PEMÁN MEDINA, María, *El viaje europeo del Marqués de Ureña (1787–1788)*. Unicaja, Madrid, 1992.

<sup>89</sup> FERNÁNDEZ DE MORATÍN, Leandro, *Diario (mayo 1786 – marzo 1808)*. Edición de René y Mirelle Andioc, Madrid, 1968.

FERNÁNDEZ DE MORATÍN, Leandro, *Apuntaciones sueltas de Inglaterra*. Bruguera, Barcelona, 1984.

<sup>90</sup> MIRANDA, Francisco de, *Diario de viajes y escritos políticos*. Edición de Mario Hernando Sánchez-Barba. Editora Nacional, Madrid, 1977.

<sup>91</sup> GARCÍA-ROMERAL, Carlos, *Bio-bibliografía de viajeros españoles. Siglo XVIII*. Ollero y Ramos, Madrid, 1997. Vid. también, FARINELLI, Arturo, *Viajes por España y Portugal. Desde la Edad Media hasta el siglo XX*. Centro de Estudios Históricos, Madrid, 1921. FOUCHÉ-DELBOSC, Raymond, *Bibliographie des voyages en Espagne*. Revue Hispanique, París, 1896.

<sup>92</sup> BAS MARTÍN, Nicolás, “Los repertorios de libros de viajes como fuente documental”, en: *Anales de documentación*, nº 10. Valencia, 2007.

<sup>93</sup> SOLER PASCUAL, Emilio, *Bandoleros. Mito y realidad en el romanticismo español*. Síntesis, Madrid, 2006.